

LA RIQUEZA ENTOMOLOGICA DEL ORIENTE ECUATORIANO

LA CHICHARRA MACHACUY,
venenosa "víbora alada" de las selvas.

POR

Carlos Andrade Marín

Profesor de Ciencias Naturales
en el Instituto Nacional Mejía (Quito).



(Extracto de la Revista del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte.
Año X, Núms. 32-35, pp. 13-16, 1928).

GUAYAGUIL

1928



LA RIQUEZA ENTOMOLOGICA DEL ORIENTE ECUATORIANO

LA CHICHARRA MACHACUY,

venenosa "víbora alada" de las selvas.

Existen, dentro de la riquísima fauna y flora del Oriente Ecuatoriano, especies que llaman la atención del naturalista o aficionado por sus costumbres y propiedades excepcionales, calificadas muchas veces de maravillosas y sobre cuya existencia se han forjado verdaderas leyendas que, con todos los visos de veracidad, llenan la imaginación del atrevido viajero que explora rodeado de peligros, los sombríos rincones de esas más tísimas selvas.

Toca pues, a la ciencia, comprobar serenamente esas fantásticas propiedades o desvanecerlas con el paciente estudio e investigación de los ejemplares que motivan la leyenda. Y así se han deslindado de la realidad científica los fantásticos relatos como aquel de las monstruosas yacu-mamas, culebras de 20 metros de longitud de que nos habla ingenuamente el P. Velasco y se han comprobado otros como el de las propiedades narcóticas y alucinantes del famoso Aya-huasca (Banisteria Caapi, Spr. Malpighiáceas) usado por los indios orientales para sus ritos religiosos y cuyo cocimiento produce, a pequeñas dosis, una embriaguez semejante a la de los compuestos opiáceos.

Al regreso de la comitiva oficial que recorrió una gran parte del territorio oriental hasta Rocafuerte, tuve ocasión de escuchar, relatado por el señor Director de



Oriente y Colonización, doctor Rafael Alvarado, la versión general que, con todos los caracteres de una leyenda, circula en esas selvas, respecto a un sanguinario monstruo, la *chicharra machacuy*, cuya picadura producía fatalmente la muerte, sin que hasta ahora se conozca un antídoto eficaz. Sin embargo el doctor Alvarado no pudo lograr que se concretaran los casos de muerte que hubieren ocurrido por esta causa, y solamente encontró en uno de los ranchos un ejemplar deteriorado que se lo conservaba en alcohol. Los que habían visto el ejemplar, aseguraban tratarse de un animal muy raro, de mediano tamaño, de lindísimos colores, con una deforme cabeza que semejaba la de una víbora, con alas vistosas y sobre cuyo abdomen llevaba plegado un aguijón con el que producía sus mortíferos efectos.

Quedé intrigado con este relato, hasta que, hace algunos días, llegó del Oriente el explorador boliviano señor Raúl Méndez Núñez, quien ha traído consigo cuatro ejemplares de esta famosa «víbora alada», capturados en la Hacienda Armenia, situada en la desembocadura del río Coca en el Napo y que gentilmente los dedicaba a los museos zoológicos de la ciudad. Dichos ejemplares me fueron presentados ayer por el doctor Alvarado y, desde el primer momento, pude reconocer que se trataba de un insecto hemíptero, de la familia de los Fulgóricos, el *Fulgora Laternaria* L., cuya completa descripción había leído casualmente hace poco en un interesante estudio del ilustrado Prof. Francisco Campos R., reconocida y única autoridad con que cuenta la Entomología nacional. Esta descripción concuerda con el estudio de los ejemplares que tengo a la vista. Dice así: «*Caracteres distintivos*: Cuerpo amarillo verdoso más o menos obscuro. Prolongación cefálica afectando la forma de una enorme vesícula de longitud que alcanza un tercio del cuerpo, y ofreciendo una depresión o excavación central, transversa, anterior, antes de la mitad; coloración de este apéndice frontal amarillo-verdosa, clara, muy lustrosa y adornada de algunas líneas y dibujos negros y cuatro manchitas rojizas. Superficie de

las alas anteriores de un amarillo-verdoso ceniciento, uniforme, con impresiones negras, y salpicada de una puntuación de un blanco de harina; márgenes rojizas. Alas posteriores ofreciendo en su terminación una gran mancha ocelada, amarilla, circundada irregularmente de negro, y en cuyo centro se destacan otras dos manchas pequeñas, circulares, negras, de diversa magnitud (la menor puede quedar reducida a una dimensión puntiforme) y más o menos próximas entre sí. Abdomen rojizo, más o menos cubierto por una abundante secreción cericigna de un blanco de tiza, característica, que sale por entre las articulaciones de los segmentos. Extremidades proto, meso y metatorácicas del color general, anilladas de negro». (*)

Por el estudio del Prof. Campos R. y de otros autores, conocemos que a este curioso insecto se le atribuyen propiedades fosforescentes, asegurándose que la luminosidad emana del abultado apéndice frontal del hemíptero. Esta afirmación de la exploradora Mlle. Mérian no ha sido confirmada por los naturalistas que han estudiado más tarde a la especie objeto de estas líneas. El Profesor Campos dice en el opúsculo citado: «En cuanto a mis investigaciones personales, he colectado en diversas ocasiones (tanto en la estación seca como en la lluviosa) ejemplares de esta interesante forma, y en verdad, no he descubierto el más ligero indicio que demostrara la existencia de tan curiosa particularidad. Largo tiempo he observado, en medio de la más profunda obscuridad muestras de ambos sexos, pero sin encontrar, repito, el menor asomo de producción luminosa. Con todo, el insecto corre inserto en los libros de Zoología con el nombre de insecto porta-linterna».

En la región Occidental se han colectado numerosos ejemplares y parece que allí es menos raro que en la Oriental; además no se le concede en aquella región las terribles propiedades determinadas por los indios de

(*). El *Fulgora Laternaria* L., o insecto «porta linterna», Profesor Francisco Campos R., Guayaquil, 1927.

Oriente. Solamente en la obra del zoólogo alemán A. E. Brehem encuentro referencia a este respecto cuando dice: «Los sabios han sostenido controversias y contiendas desde mucho tiempo sobre la aptitud luminosa de esta especie y se necesita, según la opinión de los naturalistas modernos, hacer observaciones más detalladas para establecer el hecho de una manera más valedera en lo sucesivo. El Fulgora de farol vive en Surinam, pero parece que no es frecuente en ninguna parte y los indios *lo tienen por venenoso*».

Ahora bien: ¿tendrá merecida la terrible fama de asesino con que se le conoce en Oriente a este insecto que en las montañas occidentales es completamente inofensivo? Lógicamente se deduce que nó, a pesar del testimonio de personas inteligentes e ilustradas que residen o han visitado el Oriente, como los señores Torres, propietario de la Hacienda Armenia y Méndez Núñez. Sin embargo para dilucidar completamente la cuestión sería necesario observar ejemplares vivos de Oriente, lo que es muy difícil por el momento.

Y valga esta oportunidad para agradecer cumplidamente al señor Méndez Núñez por su valiosa donación, que enriquece el incipiente gabinete entomológico del Colegio «Mejía».

